Revistadela
UNIVERSIDAD
DE LA SALLE 96

ISSN: 0120-6877 | e-ISSN: 2539-1100 | *RULS 96* | ene-dic 2026| https://doi.org/10.19052/ruls.vol1.iss96.8

Humanizar:
armonizar y aquilatar el inquieto corazón

José Alberto Silva Rivera[1]

Sin una transformación ética
y espiritual, la humanidad corre
el riesgo de recaer en nuevas
formas de barbarie

Edgar Morin,
La vía: para el futuro de la humanidad

1. Magíster en Docencia, especialista en Filosofía de la Educación y licenciado en Ciencias Religiosas (Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia). Docente de secundaria (Secretaría de Educación de Bogotá) y excatedrático de Ética (Departamento de Formación Lasallista, Universidad de La Salle) por más de 30 años. jasilvar@gmail.com, jasilvar@educacionbogota.edu.co

Resumen

Este artículo continúa la reflexión iniciada en el artículo "Humanizar: superar la inteligencia ciega" (2016), en el que se planteó que no puede existir humanismo sin formación humanística y que una visión puramente racionalista resulta insuficiente para afrontar las crisis contemporáneas. En esta nueva entrega, se propone que *humanizar* implica reconocer la inquietud del corazón, aprender a escuchar su desasosiego y armonizarlo en la ternura y la esperanza, hasta descansar en la certeza de que la voluntad de Dios es siempre amor, como lo enseña la tradición lasallista.

El texto desarrolla un proyecto civilizatorio de largo aliento: un humanismo regenerado que se nutre de la conversión ecológica y que integra tres dimensiones fundamentales: (1) la *dimensión espiritual*, que exige un cambio de mentalidad y de corazón más allá de prácticas superficiales, (2) la *dimensión social*, que demanda transformar estructuras económicas y políticas que generan depredación ambiental, y (3) la *dimensión ética*, que prioriza valores absolutos y fortalece la capacidad de discernimiento axiológico.

Edgar Morin, Humberto Maturana, Adela Cortina y Leonardo Boff, junto a maestros espirituales, como san Agustín, san Juan de La Cruz y san Juan Bautista de La Salle, son convocados para mostrar que la afectividad, el amor y la cordialidad no son adornos sentimentales, sino condiciones ontológicas y biológicas de lo humano. La escuela, en este sentido, no debe ser fábrica de *monstruos educadísimos*, sino espacio de salvación integral, donde se teja la fraternidad universal y la conversión ecológica.

Humanizar es, en síntesis, armonizar el corazón inquieto con la inteligencia, con el otro y con el mundo. Solo así se podrá superar la inteligencia ciega y construir una civilización fundada en la ternura, la fraternidad y el cuidado de la casa común, para responder a los desafíos de la complejidad contemporánea.

Palabras clave: humanismo, espiritualidad, fraternidad, formación integral, lasallismo, complejidad, armonización, afectividad.

Punto de partida: el corazón inquieto

Provocado y convocado, en el marco de la formación integral, por el reto de reflexionar sobre "Lasallismo, conversión ecológica y fraternidad universal", he vuelto sobre aquello que hace diez años propuse y sigo cuestionando al sistema, a partir de la pregunta *¿desde dónde humanizar?*, y reafirmo mi sospecha de que, si la inteligencia ciega —aquella que opera sin conciencia de lo humano— es la que prima, entonces la humanización exige un centro de gravedad diferente.

Con Morin (2003) y otros autores, afirmamos —y también constatamos— que la miopía para ver ese *otro* centro alterno produce la emergencia de la barbarie, la cual hoy es una realidad acuciante: "Con la civilización hemos pasado del problema del hombre de las cavernas al problema de las cavernas del hombre", es decir, estamos a oscuras no solo por la ceguera y miopía intelectual, sino por la negación de la afectividad en la integración de lo humano.

Morin (2003) señala que la racionalidad científica no elimina la posibilidad de irrupciones irracionales y que el ser humano no puede reducirse al *homo sapiens*; es también *homo demens*, *ludens*, *mythologicus*: "El *homo sapiens* está inseparablemente ligado al *homo demens*. La barbarie puede resurgir en cualquier instante, porque la demencia forma parte constitutiva de la humanidad". Esto nos pone a pensar que, tal vez por eso, hoy la crisis de la socioemocionalidad, la medioambiental, la de la moralidad, de la eticidad son esas irrupciones, o bien en el alejamiento de ideales como la paz, el desarrollo integral de los humanos y muchos otros que han sido contenidos, relegados por una cultura demasiado racionalista y tecnocrática.

Estamos, pues, ante un reto de complejidad. La humanización se cuece en otros calderos diferentes al de la razón, la escuela, la academia; y este asunto debe tocar el corazón y abrir los ojos a quienes quieren enfocar a la humanidad hacia horizontes que no son exclusivos de la racionalidad, a los humanistas que señalan una vía diferente desde un humanismo regenerado.

El autor de la complejidad, en otro texto, añade: "La humanidad no ha dejado nunca de producir barbarie. La civilización no la suprime, la contiene, pero siempre puede emerger de nuevo" (Morin, 2003), lo que nos genera ansiedad, depresión, angustia y miedo, porque, al no poderse entender desde la miopía ni ceguera de la inteligencia racional, aunque la implican para su solución, damos palos de ciego y aumentamos la incertidumbre en la vida como individuos, como grupos y como especie. La emotividad no puede seguir siendo un ruido en el sistema racional, es parte constitutiva de la condición humana compleja.

Ese centro de gravedad diferente no es nuevo, ya fue atisbado desde hace mucho tiempo por autores como san Agustín (2001), san Juan de La Cruz (2002) y san Juan Bautista de La Salle (1994a, 1994b), así como otros pensadores recientes, como Adela Cortina (2010), quienes, al igual que Edgar Morin (1999, 2003, 2011, 2021) y Humberto Maturana (1990a, 1990b, 1991), lo señalan con insistencia: el corazón, la emotividad, el amor como dimensión constitutiva de lo humano; no como adorno sentimental, sino como condición ontológica. Estos autores demandan una forma nueva de humanizarnos.

El corazón humano, inquieto y angustiado como lo expresó san Agustín (397/2001) —"Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" (*Conf.* I, I, I, p. 73)— no es una debilidad para corregir, sino la señal de que somos seres en busca de sentido pleno, de vinculación, de otro. San Juan de La Cruz (1580/2002) lo expresó con la fuerza poética de su célebre verso: "Vivo sin vivir en mí, y de tal manera espero, que muero porque no muero". San Juan Bautista de La Salle (1994) lo reconoció en los escolares: "Si se les deja en su ignorancia, permanecerán en tinieblas y se per-

derán fácilmente". Un corazón inquieto es sinónimo de un ser ansioso, buscador incansable, contrario a la imagen de un ser seguro y afincado en verdades *científicas*, que se rompen como hielo. El corazón inquieto, como diría Agustín, no descansa hasta que encuentra su lugar en el otro.

Aquí se revela la tensión del corazón que busca plenitud, que se sabe incompleto y que solo se armoniza en la unión con lo trascendente y con el otro, una tensión que no es atendida en la formación, pues lo prioritario es el saber para el control. Es una tensión que intuyó el Señor de La Salle, experto en pedagogía, pero maestro espiritual vigente para quienes seguimos buscando reposo en medio de las crisis de nuestro tiempo.

Asimismo, quienes hemos tenido alguna cercanía con Francisco de Asís, y nos ha sido recordado acuciosamente por el otro Francisco —Jorge Mario Bergoglio—, sabemos que el corazón inquieto se afana por hacer de la tierra una casa común: compartida con otras especies, ordenada según los designios de Dios, contemplada y alabada como puerta de acceso a lo espiritual. Propósito que es absolutamente imposible sin una actitud de respeto por *lo otro* (cosmos), por *el Otro* (comunidad) y enfocado hacia el gran OTRO (trascendencia), es decir, un corazón que clama por la vuelta del hermano que abandona esa casa común.

En la búsqueda de ese nuevo polo de desarrollo, centro que atrae y permite tejer, curiosamente encontramos que algunos autores ya están desbrozando el terreno: Morin y Maturana, por ejemplo, quienes, desde la complejidad y la biología, nos dicen lo mismo con lenguaje científico: somos seres que solo nos constituimos plenamente en el amor, en la emoción compartida, en la aceptación del otro como legítimo otro. Otra, Adela Cortina, desde la ética, nos enfoca hacia la compasión, la cordialidad. Ahora bien, quien mejor pone esa semilla en nuestras manos es el compañero de Francisco, Leonardo Boff, quien, calladamente, en el libro *San Francisco de Asís: ternura y vigor* (1982), nos regala al Poverello de Asís para nuestra guía y sustento.

La afectividad en el corazón de nuestra complejidad (Edgar Morin)

Dejémonos llevar en primer lugar por Morin (2003), quien nos ayuda a entender, en seis apartados, que no hay contraposición entre afecto y razón, como muchas veces se nos enseñó, sino una relación de *tejido*. Respecto al *homo complexus*, como superación de las reducciones racionalistas, explica: "si *homo* es a la vez *sapiens* y *demens*, afectivo, lúdico, imaginario, poético, prosaico, si es un animal histérico, poseído por sus sueños y sin embargo capaz de objetividad, de cálculo, de racionalidad, es que es *homo complexus*" (p. 158). En la mirada de la escuela racionalista, cuadriculada, productivista, resulta más económico y practico un sujeto con cabeza, pero sin corazón.

Nuestra constitución humana es una *ligazón*, que hay que saber hilar y tejer: el resultado no es un enredijo, una vida inquieta, o como decimos en Colombia, un *chiro* de vida sin rumbo y sin sentido, nos aterriza en la proclama de Blais Pascal (1670/2018): "el corazón tiene razones que la razón ignora" (frag. 423) y la figura que nos propone es un bucle razón-afecto: "No hay un estado superior de la razón que domine la emoción, sino un bucle *intellect* ↔ *affect*; y de cierta manera la capacidad de emoción es indispensable para el establecimiento de comportamientos racionales adecuados" (Morin, 1999, p. 6).

Morin (2003) describe al ser humano como "un ser con una afectividad intensa e inestable, que sonríe, ríe, llora, ansioso y angustiado […] furioso, amoroso, un ser invadido por la imaginación" (p. 23); además, concluye que debemos ver al *homo sapiens* como *homo demens*, lo cual equivale a afirmar que la afectividad es un rasgo definitorio de este último, porque, de no hacerlo, la imaginación es atrapada por la razón y solo validada en la producción sin límite.

También teje de modo explicito una de las muchas triadas que ha aportado para comprender el eje humano, la trinidad psíquica *razón-afectividad-mito*: "Lo humano es y se desarrolla en bucles: cerebro-mente-cultura / razón-afecto-impulso / individuo-sociedad-especie. Todo desarrollo verdaderamente

humano significa comprender al hombre como conjunto de todos estos bucles" (Morin, 1999, p. 21); con ello, hemos de colegir de esta cita que la comprensión no es plena sin ese principio propuesto por la *complejidad*: el todo está en las partes y las partes son el todo, no se trata de separar, siempre y por siempre *religar*.

Morin (2021) nos servirá de enlace con las intuiciones de muchos maestros espirituales, debido a que nos invita a buscar el amor, la poesía y la sabiduría como elementos de redescubrimiento de la felicidad real. El amor y la poesía son un camino hacia la felicidad auténtica: "el estado poético subyace a toda felicidad, está en el corazón de todas las felicidades, fugaces o duraderas" (p. 74).

El amor como biología de lo humano (Humberto Maturana)

Por otro lado, pero también en complejidad, Maturana lleva la reflexión más lejos aún: el *amor* no es solo una dimensión humana, es la emoción que hizo posible la hominización. Desde la biología, afirma que sin amor no hay sociedad, no hay lenguaje, no hay humanidad. Inicia su mirada compleja del fenómeno con un primer enfoque:

> Cuando hablo de amor no hablo de un sentimiento ni hablo de bondad o sugiriendo generosidad. Cuando hablo de amor hablo de un fenómeno biológico, hablo de la emoción que especifica el dominio de acciones en las cuales los sistemas vivientes coordinan sus acciones de un modo que trae como consecuencia la aceptación mutua. (Maturana, 1990b, p. 23)

Maturana teje tres realidades imbricadas: *emoción-convivencia-coordinación*, mientras supera la reducción del amor como sentimiento o fenómeno biológico. La emoción, nos recuerda, es base de toda racionalidad: "Los humanos somos seres emocionales que usamos la razón para justificar o negar según nuestras propias preferencias" (p. 21). La emoción no sigue a la razón, la prece-

de y la sostiene. Por otra parte, enfatiza en el amor como emoción fundadora del lenguaje y la convivencia:

> No hay acción humana sin una emoción que la funde como tal y la haga posible como acto […]. Tal emoción es el amor. El amor es la emoción que constituye el dominio de acciones en que nuestras interacciones recurrentes con otro hacen al otro un legítimo otro en la convivencia. (p. 21)

A partir de estas ideas, podríamos proponer un bucle para comprender nuestro actuar humano en legitimidad: *interacción-lenguaje-amor*, bucle que ya está en la perspectiva evangélica: "si hablo todas las lenguas […] pero no tengo amor" (1 Co 13:1).

Además de ello, Maturana nos resulta interesante porque la inquietud del corazón humanista no solo yace ante el espectáculo de niños que se quiebran, o de sociedades que son echadas a perder por sus gobernantes, lo es frente a la especie y su evolución, mientras la noosfera nos espera, nosotros cavamos agujeros para meter nuestras cabezas. Es que el amor, en sus palabras, es un eje de la historia de la evolución humana:

> El amor es la emoción central en la historia evolutiva humana desde su inicio, y toda ella se da como una historia en la que la conservación de un modo de vida en el que el amor […] es una condición necesaria para el desarrollo físico, conductual, psíquico, social y espiritual normal del niño, así como para la conservación de la salud […] del adulto. (p. 24)

Aún hay más, el *amor*, como condición del tejido social: "es la emoción que funda lo humano, porque abre un espacio de convivencia en el que el otro surge como legítimo otro en la relación" (p. 24). Con una fuerza provocadora añade: "Sin amor, no hay socialización; solo hay manipulación, sometimiento o indiferencia" (p. 25); en otras palabras, el sueño de la democracia no será más que eso: un sueño y la *complejización* no será posible (Silva Rivera, 2021).

El corazón como categoría de legitimidad (Adela Cortina)

Una voz más, la de Adela Cortina, nos recuerda que la *justicia* necesita de la cordialidad para no convertirse en mera técnica de convivencia. La cordialidad es la que reconoce al otro como digno de ser acogido; lo justo no es solo lo que puede universalizarse racionalmente, sino lo que late en el corazón ético de nuestras prácticas sociales. Solo desde el corazón podemos mirar el rostro del otro y fundamentar la alteridad.

Avanzaremos hacia ideales como la *civilización del amor*, la *democracia participativa*, la *fraternidad universal*, en tanto que pongamos pies a la legitimidad: "La justicia cordial es la justicia que se abre a la razón cordial, a esa razón que no se limita a calcular, sino que reconoce al otro como alguien digno de ser acogido" (Cortina, 2010, p. 11). Este viejo orden social, que llama a la metamorfosis, tiene demasiadas legalidades: el salario mínimo es legal, el aborto es legal, mientras la legitimidad tiene poco espacio en la discusión sobre la racionalidad y el tejido social, muchas de ellas nacidas de mentes cancerberas de gobernantes y caudillos sedientos de sangre y venganza.

Desbordaremos bastante el ridículo juego de la democracia representativa en la medida en que sembremos en el corazón de nuestros descendientes la idea clara que nos da Cortina (2010): "Lo justo es lo socialmente exigible, aquello que se puede racionalmente universalizar, pero también lo que late en el corazón ético de la buena economía, la buena política y la buena sociedad" (p. 34). Llegó la hora de dejar de buscar las terapias, las técnicas para la convivencia y buscar la clave en maestros espirituales como san Agustín, La Salle, e La Cruz y otros: "Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti", que no es más que lo que nos aporta Cortina (2010) en su línea ética: "La ética cívica necesita de la cordialidad para no convertirse en mera técnica de convivencia; la cordialidad es el alma que humaniza la justicia" (p. 48).

El corazón como fuente de vigor y ternura (Leonardo Boff)

"Vacío, soledad, miedo, ansiedad, agresividad sin objetivos, en una palabra, insatisfacción generalizada" (Boff, 1982, p. 100), y agravada después de la pandemia, especialmente en los niños pobres, son el retrato más nítido de nuestra sociedad, reflejado en el microscopio de nuestras aulas de clase. Es la miseria de ese pobre corazón angustiado descrito por Boff (1982), al mirar a san Francisco:

> La hegemonía absoluta de la razón trituró el mundo circunstante y distorsionó profundamente las relaciones sociales. La razón se volvió cada vez más antagónica de aquellas dimensiones de la vida menos productivas, pero más receptivas. El logos acentuó sobre el eros y el *pathos*, los valores de contacto directo de la intimidad y la efectividad de la creatividad y la fantasía de la simplicidad y la espontaneidad. El eros y la 'tecné' parecen vivir en permanente lucha. El amante, como el poeta, son una amenaza para la fabricación en serie. Eros rompe las formas existentes y crea nuevas formas, y eso, naturalmente, es una amenaza para la tecnología, que exige regularidad, previsibilidad y es controlada por reloj. El eros no domesticado lucha contra todos los conceptos y limitaciones del tiempo. El espíritu de la geometría necesita llegar a un acuerdo con el espíritu de fineza de Pascal; la lógica necesita convivir con la cordialidad, porque ambas son expresión de lo humano. (p. 19)

De esa manera, hemos formado una civilización no del amor, sino de la conveniencia, en la que la mayor de todas es el abismo de ricos y pobres. Leonardo Boff, por lo tanto, nos muestra a un Francisco de Asís —síntesis viva de vigor y ternura— capaz de transformar la crisis de su tiempo y capaz de ser luz en la crisis contemporánea, que, en otro modo de ver, es la misma de la barbarie que emerge de las cavernas y que se presenta como el viejo cancerbero que evita el imperio de los vivos. Sus tres cabezas, *codicia*, *usura* y *avaricia*, quiebran constantemente el proyecto de una ética mundial: minoridad, fraternidad y cuidado universal. En el marco del retrato de Boff al "Poverello de Asís", en *San*

Francisco de Asís: ternura y vigor (1982), la siguiente cita justifica su significatividad en los tiempos de hoy:

> La crisis del sistema global deriva de la crisis específica de la clase hegemónica, la clase burguesa que dirigió nuestra historia en los últimos cinco siglos. El *ethos* de esta clase, es decir, sus prácticas, el sentido que les confiere, las formas de relación que consagró e impuso a todas las demás clases sociales, se muestra más o menos incapaz de asimilar dentro de su encuadramiento, las nuevas formas emergentes, así como también de elaborar con sus propios recursos internos una alternativa significativa para todos. Nos encontramos al fin de una era y al comienzo de otra era diferente. En este contexto, la figura de Francisco se revela altamente evocadora. (p. 15)

Según Boff (1982) y, por supuesto, san Francisco: "El sistema en que vivimos se tambalea por la crisis de las formas de acumulación, del dominio depredador de la razón y la dinámica relacional que establecemos" (p. 100). Una idea que Mario Bergoglio sintetiza con fuerza en su encíclica *Laudato si'* (2015): "La tierra, nuestra casa, parece convertirse cada vez más en un inmenso depósito de porquería" (n.° 21). En fin, hay un agotamiento del ser humano, de la naturaleza y de su interconexión.

Armonizar: el programa pendiente

Tanto Morin como Maturana convergen en un diagnóstico: la modernidad construyó una civilización que privilegió la razón instrumental y marginó la afectividad, el amor, la poesía. El resultado es una inteligencia poderosa pero ciega —como lo señalaba el escrito anterior— y un corazón inquieto que no encuentra su lugar en el proyecto colectivo. La propuesta de este escrito es que el corazón —entendido no como metáfora romántica, sino como sede de la afectividad, el amor y la relacionalidad— es una *categoría intelectual de primer orden*. Ignorarlo es enceguecer más la inteligencia ciega y armonizarlo es la condición de posibilidad de una humanidad más plena.

El *corazón inquieto* —como diría Agustín— no descansa hasta que encuentra su lugar en el otro: vivirá sin vivir, como dicen de La Cruz, Morin y Maturana, desde la complejidad y la biología, quienes lo expresan con lenguaje científico: somos seres que solo nos constituimos plenamente en el amor, en la emoción compartida, en la aceptación del otro como legítimo otro. Adela Cortina, desde su discurso ético, también lo afirma: no habrá plena justicia sin inclusión de la *cordialidad* del corazón. Así lo indicaría magistralmente el Señor de La Salle, no desde la teología, mística o ética, sino desde la pedagogía: no habrá corazón en paz si el corazón de miles de niños está frío (literalmente), frágil y desamparado[1] por sus padres y por la sociedad, mientras no existan abrazos fraternos con ellos en el espacio de las escuelas.

Humanizar es, entonces, en primer lugar, pararse en otro centro, *la cordialidad*, y allí intentar armonizar ese corazón inquieto con la inteligencia, con el otro y con el mundo. Armonizarlo no significa silenciarlo, sino integrarlo al tejido (*complexus*) de la razón, la convivencia y la vida. En segundo lugar, no es hacer de la escuela una fábrica de *monstruos educadísimos*, sino un lugar de *salvación* integral, donde se cocine la conversión ecológica y la fraternidad universal. Armonizar el corazón no es una tarea sentimental; es un proyecto civilizatorio. Significa un programa de largo aliento para el humanismo regenerado:

- Superar el *homo economicus* —reducción ciega del ser humano a la eficiencia— para recuperar el *homo complexus* amoroso.

- Integrar el bucle *razón-afecto-impulso* en los procesos educativos, políticos y comunitarios, para tejerlo con el bucle *minoridad-fraternidad-cuidado* (figura 1).

1 Esto lo afirmo sin profundizarlo aquí, porque en mi escrito *Lectura de la pobreza en san Juan Bautista de La Salle* (2001), impreso y publicado por el Centro de Investigaciones Lasallistas (2001), con motivo de los 350 años del nacimiento del Señor de la Salle, doy algunas pistas sobre las múltiples meditaciones en las que este asunto fue crucial y definitorio en la vida del santo.

- Rehabilitar la afectividad como fuente legítima de conocimiento y de acción (Morin).

- Reconocer el amor como condición biológica de la convivencia, no solo como valor moral (Maturana), ni solo como instrumento de la erotización del hombre.

- Derivar de la *conversión ecológica la estrategia de humanización*: tejer desde las dimensiones básicas una transformación interior y comunitaria —al estilo de una metamorfosis—, que lleva a reconocer la dignidad de la creación y nuestra responsabilidad como custodios de la *casa común*, en tres dimensiones:

    - *Dimensión espiritual*: no se limita a cambios prácticos (reciclaje, transporte, consumo), sino que implica un cambio de mentalidad y de corazón.
    - *Dimensión social*: supone modificar estructuras económicas y políticas que generan depredación ambiental.
    - *Dimensión ética*: priorización de valores absolutos sobre valores relativos, capacidad de discernir axiológicamente.

- Estar abiertos a la *otredad* —es decir, la condición de ser otro y el reconocimiento de su dignidad intrínseca—, al movimiento metanoico del espíritu para reconciliarnos con el *gran otro* —Dios—, con *los Otros* —la comunidad— y con *lo otro* —el cosmos, la tierra—. Esta apertura nos exige reconocer el valor de cada ser, pues, como nos recuerda la encíclica *Laudato si'*, todo está conectado en una fraternidad universal (Francisco, 2015, n.° 228).

- Hacer de las escuelas auténticos centros de *salvación* de la angustia y de la depresión.

- *Vocacionar* la docencia, asumirla como *misión*, tal como lo proponen Morin, con su pedagogía de la complejidad, y el Señor de La Salle, con su pedagogía de la ternura, mediante la cual quiso apaciguar esa inquietud con afecto, instrucción y acompañamiento espiritual.

Humanizar es, en síntesis y en esencia, armonizar ese corazón inquieto con la inteligencia, con el otro y con el mundo, como lo han profetizado todos los pensadores en cuyos hombros nos hemos parado: san Agustín, san Juan de La Cruz, san Juan Bautista de la Salle, Edgar Morin, Humberto Matura, Leonardo Boff, Adela Cortina y, de seguro, muchos más, para poder decir al final de nuestra jornada, con Juan Bautista de La Salle: "adoro en todo la voluntad de Dios para conmigo".

Figura I. Diálogo de bucles: Morin y San Francisco de Asís

Fuente: elaboración propia.

Referencias

Boff, L. (1982). *Francisco de Asís: ternura y vigor*. Editorial Vozes.

Cortina, A. (2010). *Justicia cordial*. Editorial Trotta.

de La Salle, J. B. (1994a). *Meditaciones para el tiempo del retiro*. Editorial Bruño.

de La Salle, J. B. (1994b). *Meditaciones para los domingos y festivos*. Editorial Bruño.

Francisco (2015). *Laudato si': sobre el cuidado de la casa común* [carta encíclica]. Editorial San Pablo.

Maturana, H. (1990). *Emociones y lenguaje en educación y política*. Hachette.

Maturana, H. (1990). *Biología del amor*. Ediciones Instituto de Terapia Cognitiva.

Maturana, H. (1991). *El sentido de lo humano*. Hachette.

Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Unesco.

Morin, E. (2003). *El método 5: La humanidad de la humanidad*. Ediciones Cátedra.

Morin, E. (2011). *La vía para el futuro de la humanidad*. Editorial Paidós.

Morin, E. (2021). *Lecciones de un siglo de vida*. Paidós.

San Agustín (2001). *Las confesiones*. Editorial Gredos.

San Juan de La Cruz (2002). *Obras completas*. Editorial BAC.

Silva Rivera, J. A. (2001). *La lectura de la pobreza en san Juan Bautista de La Salle*. Universidad de La Salle y Centro de Investigaciones Lasallistas.

Silva Rivera, J. A. (2016). Humanizar: superar la inteligencia ciega. *Revista de la Universidad de La Salle*, (70), 113-122. https://revistauls.lasalle.edu.co/article/view/2177

Silva Rivera, J. A. (2021). El desarrollo como complejización. *Revista de la Universidad de La Salle*, *1*(84), 157-186. https://doi.org/10.19052/ruls.vol1.iss84.11